



**¿Cómo Dios
quiere salvar a
los creyentes?**

por Jean Hoffman

¿Cómo Dios quiere salvar a los creyentes?

"Porque por no haber el mundo conocido en la sabiduría de Dios a Dios por sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación".

(1 Corintios 1:21).

por Jean Hoffman

Edicions Cristianes Bibliques

Versión castellana de la obra *Comment Dieu veut-il sauver les croyants?*, por Jean Hoffmann.

Traducción: Antoni Mendoza i Miralles

Copyright © 2002, Edicions Cristianes Bíbliques. Apartat 10.053
Barcelona-Catalunya (España)

Composición: AMM. Apartat 2533. 08080 Barcelona-Catalunya (España)

Para nosotros es de máxima importancia saber lo que agrada a Dios, para no arriesgarnos a desagradarle entregándonos a actividades, o utilizando medios, que no sean según su pensamiento. El texto de 1 Corintios 1:21, que hemos de leer en el contexto de los versículos 17 a 25, dice dos cosas: (1) Dios quiere salvar a los creyentes, o sea, a aquellos que han confiado en él y le permanecen fieles, según la etimología del término empleado en el original (pistos); (2) Dios quiere salvar a los fieles por la locura de la predicación, o sea, por la proclamación de una inverosímil Buena nueva de Salvación en Jesu-Cristo, muerto y resucitado para nuestra justificación.

Para mostrar claramente que la proclamación del Evangelio es el medio por excelencia que Dios ha escogido para salvar a los fieles, Pablo menciona otras tentativas o medios humanos para señalarnos su perfecta insuficiencia.

Los medios insuficientes

La sabiduría humana

“¿Qué es del sabio?” (v. 20). Toda la sabiduría de los griegos no les había permitido conocer a Dios. Los más grandes eruditos, los más grandes filósofos y los más sutiles dialécticos, con todo su conocimiento, capacidad y perspicacia, no fueron capaces de descubrir al hombre el pensamiento y los misterios de Dios, porque se trata de “cosas que ojo no vio, no oreja oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que ha preparado Dios para aquellos que le aman. Empero Dios nos lo reveló a nosotros por el Espíritu” (1Co 2.9-10). El mundo, con su sabiduría, no ha conocido a Dios (1Co 1:21).

El conocimiento de la Ley

“¿Qué del escriba?” (v. 20), a sea, aquel que ha sido instruido en la ley. Ciertamente, conocer la Ley de Dios es algo muy bueno, pues el mandamiento divino es “santo, y justo, y bueno” (Ro 7:12), pero éste conocimiento no salva a nadie, puede como mucho preparar los

corazones para el arrepentimiento haciendo el rol de un “pedagogo” –acompañante de niños- que conduce a Cristo (Gá 3:24) a aquellos que le siguen. De otra manera la Ley no podría servir más que de base de acusación y de condenación del pecador impenitente.

El escudriñador

“¿Qué de l escudriñador de este siglo?”, o del discernidor. Si el apóstol viviera actualmente, podría añadir: “¿Qué del especialista científico” que cree en el azar más que en Cristo, en la antropología, la cosmología... más que en la Escritura? O ¿qué del polemista que tuerce el sentido de las Escrituras para sostener “bíblicamente” su hipótesis racionalista? Los hombres se han desvanecido en sus discursos, y su necio corazón se ha entenebrecido (Ro 1:21).

Los milagros o señales

Los judíos pedían señales (v. 22): “¿Qué señal, pues haces tú, para que veamos, y te creamos?” (Jn 6:30). Jesús realizó muchas señales. Ciegos recobraron la vista, sordos volvieron a oír, leprosos fueron curados, y muertos fueron resucitados. La Biblia dice que muchos creyeron en el nombre de Jesús al ver los milagros que hacía. Juan añade siempre: “Más el mismo Jesús no se confiaba a sí mismo de ellos, porque él conocía a todos... él sabía lo que había en el hombre” (Jn 2:23-25). También dijo de ellos: “Empero habiendo hecho delante de ellos tantas señales, no creían en él” (Jn 12:37). El mismo Jesús rechazó finalmente obrar milagros, al decir: “La generación mala y adúltera demanda señal; mas señal no le será dad, sino la señal de Jonás profeta. Porque como estuvo Jonás en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así estará el Hijo del hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches” (Mt 12:39-40). El quiso de esta manera anunciar su muerte y el milagro supremo de su resurrección.

Actualmente se piden de nuevo milagros y señales, se prometen o se producen, ¡sin que se sepa siempre por que poderes! Para algunos evangelistas de hoy en día el milagro debe acompañar forzosamente la predicación para hacerla creíble. Las señales y los milagros serían

“la tarjeta de visita” de Dios. Se quiere ver para creer, como Tomás llamado “el incrédulo”, al que Jesús dijo: “Bienaventurados los que no vieron y creyeron” (Jn 20:29). Se dice que la proclamación sola del Evangelio no es ya suficiente, creándose así una “dependencia” del milagro, sin el cual la Palabra de Dios es considerada como ineficaz o muerta. Dios todopoderoso puede ciertamente obrar milagros siempre, y los realiza aún según su voluntad, pero eso no es porque tiene que actuar necesariamente en todo tiempo y lugar de la misma manera por ser el mismo ayer, hoy y por los siglos. Toda la historia bíblica testifica de ello. Ha habido épocas de milagros (la salida de Israel de la tierra de Egipto, los cuarenta años en el desierto, la época de los profetas Elías, Eliseo y Daniel, los comienzos de la era cristiana), seguidos de largos períodos sin milagros. Además, se nos advierte que los milagros de los últimos tiempos estarán ligados a la venida del “inícuo” que realizará todo tipo de señales y prodigios mentirosos para seducir a los que perecen, “por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por tanto, pues, les envía Dios operación de error, para que crean a la mentira” (2Ts 2:9-12).

Los medios a los que Pablo no recurrió

El bautismo

El apóstol Pablo escribió a los Corintios: “Porque no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio” (1Co 1:17). El, sin embargo, había hecho una magistral exposición a los Romanos sobre el sentido profundo del bautismo (Ro 6), y no podía ignorar que Jesús había ordenado bautizar a los discípulos de todas las naciones (Mt 28:19). El mismo, además, había bautizado algunas personas (1Co 1:14-16) Pero no quería de ninguna manera que alguien creyera que podría ser salvo por el bautismo (inmersión). Nunca nadie ha llegado a ser cristiano por la administración de un rito, de una ceremonia o de un llamado sacramento,

La superioridad de palabra

Pablo no confiaba en absoluto en la superioridad de palabra, ni en el arte de la oratoria, de la retórica o de la elocuencia para convencer a las almas. El mismo dijo a éste respecto: “No fui con altivez de palabra, o de sabiduría, a anunciaros el testimonio de Cristo... ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría” (1Co 2:1-4). No en vano decían de él: “Las cartas son graves y fuertes; mas la presencia corporal flaca, y la palabra menos-preciable” (2Co 10:10). No tenía nada de esos predicadores artistas, televangelistas y otros parecidos que son admirados, aclamados, hasta idolatrados por la multitud, y si puede ser, bien pagados!

El espectáculo

Cuando actualmente no hay ponderación para exhibir milagros, por el medio que sea, a menudo se es tentado a echar mano de “señales” artificiales, al sensacionalismo, al maquillaje, al disfraz, al mimo y a la pantomima, o sea, a los “gestos” sin palabras, a la “expresión corporal” y a la danza (coreografía), al rock “cristiano”, etc., para transmitir el mensaje divino. Se trata de manifestaciones espectaculares destinadas a “animar” cultos y reuniones, y que a menudo no son más que estimulación psíquica que produce una cierta turbulencia agradable a los sentidos, pero espiritualmente estéril. Si Pablo no trata éste tema, es sencillamente porque no se daba en aquella época. Aunque existían teatros y juegos en el mundo grecorromano, los cristianos de entonces jamás buscaban imitar lo que se hacía a su alrededor recurriendo al espectáculo o al arte dramático del momento para procurar hacerse comprender mejor por sus contemporáneos. Pablo no habla de aparentar estar a buenas con el diablo y sus ministros (2Co 11:14-15), para poner en guardia contra los falsos profetas vestidos de ovejas (Mt 7:15). Cuando emplea el término “comedia” (literalmente hipócrita), es para estigmatizar la falsedad, la doblez, el disfraz y la mentira (Mt 23:13-29). Actualmente, cristianos y no cristianos ovacionan juntos los danzarines y comediantes que realizan sus espectáculos de gran éxito hasta presentar un Jesús “Superestar”.¹

Se nos replicará tal vez que el profeta Agabo hizo servir acciones simbólicas para anunciar al apóstol lo que le sucedería. El tomó el cinto del apóstol, se ató los pies y las manos, y dijo: “Esto dice el Espíritu Santo: Así atarán los judíos en Jerusalén el varón cuyo es este cinto, y le entregarán en manos de los gentiles” (Hch 21:11). Pero se trata de un signo y un mensaje profético directamente inspirado por el Espíritu Santo, prediciendo un acontecimiento que concierne personalmente a Pablo, y no a la proclamación del Evangelio de salvación en Jesucristo por medio de una escenificación que justifique actualmente el uso de marionetas y contratar ventrílocuos, prestidigitadores, actores y payasos para ayudar a la proclamación del Evangelio.

Los medios utilizados por el apóstol Pablo para anunciar el Evangelio: La predicación

Él dijo claramente: “Porque no me propuse saber algo entre vosotros, sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (1Co 2:2). Ésta proclamación fue hecha sin artificios, sin técnicas de manipulación de masas, sin engaños, sin subterfugios, a veces “con flaqueza, y mucho temor y temblor” (1Co 2:3). Su discurso se sustentaba sin embargo “con demostración del Espíritu y de poder”, para que la fe de los oyentes no estuviera “fundada en sabiduría de hombres más en poder de Dios” (1Co 2:5). El hace que ese gran poder sea atribuido a Dios y no al hombre (2Co 4:7).

Este poder de Dios no se manifiesta por una exaltación delirante, un apasionamiento histérico, un éxtasis neurótico, o necesariamente por un gran éxito, sino por auténticos nuevos nacimientos, o sea, por cambios de pensamiento, de óptica, de entendimiento y de comportamiento. El amor a la verdad tendrá como efecto la obediencia y la fidelidad a la Palabra de Dios. Todo ellos es obrado por la sola Palabra de Dios bajo la acción del Espíritu Santo. “Luego la fe es por el oír; y el oír por la palabra de Dios” (Ro 10:17), y no por la escenificación de narraciones bíblicas por cineastas y actores. Pablo no interpretó el Evangelio, lo predicó y venció.

¿Cuáles fueron los efectos de tal predicación?

Fue un escándalo para los judíos (1Co 1:23)

Los judíos no querían admitir que aquel Jesús, que ellos habían hecho morir, era el verdadero Mesías, el Hijo de Dios, venido al mundo para salvarlos. Habrían de reconocer al que habían despreciado, arrepentirse y creer en aquel que habían rechazado y maldecido. Pero ellos consideraban aquella predicación como un escándalo, una piedra de tropiezo o una trampa, y se oponían por todos los medios.

Fue una locura para los griegos, para los paganos (1Co 1:23)

Junto a sus (falsos) dioses, los griegos hubieran podido aceptar una nueva divinidad con un espíritu “ecuménico”, sincretista y pluralista de apertura y tolerancia. Pero creer que aquel Jesús era el único verdadero Salvador y que no había otro nombre dado a los hombres para poder ser salvos (Hch 4.12) les parecía una absurdidad, una aberración o una locura. Es así como juzgan aquellos que perecen, porque el hombre natural (físico) no puede percibir las cosas del Espíritu de Dios, “porque se han de examinar espiritualmente” (1Co 2.14).

Fue, y es aún, potencia de Dios para aquellos que se salvan (1Co 1:18)

Para los elegidos, judíos y griegos, hombres y mujeres, de todo tiempo y lugar, o sea, para aquellos que se arrepienten y que confían en Jesu-Cristo muerto y resucitado para su justificación, la predicación del Evangelio ha sido, y será hasta el fin, el “poder de Dios” que salva a los pecadores (Ro 6:4), porque han sido “renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios, que vive y permanece para siempre” (1P 1:23).

Conclusión

Dios ha escogido salvarnos por la predicación de su Palabra que no vuelve a él sin efecto, sin haber llevado a término su voluntad y cumplido sus designios (Is 55:11). Cristo y los Apóstoles no recomendaron en ninguna parte emplear recursos destinados a servir de apoyo a la Palabra predicada, como si no fuera por ella misma “viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos; y que alcanza hasta partir el alma, y aún el espíritu...” (He 4.12).

Se observa que cada vez hay menos predicadores que predicán por el Espíritu Santo con ardor y fidelidad todo el consejo de Dios, y que cada vez hay más cantantes y actores que “interpretan” el Evangelio con gestos y música, y a veces ¡con que música! El pueblo rebelde, que no quería tomar en serio las advertencias del profeta Ezequiel, se burlaba de él comparándole con un “cantor de amores, gracioso de voz y que canta bien” (Ez 33:32). Pero ellos no recibieron sus palabras para ponerlas en práctica. ¿No es éste el mismo mal que padecemos actualmente?

Diciendo esto no ponemos en duda las buenas intenciones, el celo y el arte de aquellos que utilizan los sketches, chistes, bromas, mimos, payasadas, comedias, muñecos mecánicos, ilusionismo, etc., queriendo de esa manera hacer el Evangelio más atractivo a la gente de la calle. Pensamos sin embargo que Dios habla por su Palabra al corazón de la gente sin que sea necesario recurrir a las atracciones, distracciones y producciones humanas que corren el riesgo desviar la atención de lo esencial para llevarnos a lo accesorio.² No reemplazamos la locura de la predicación por la locura de las atracciones. Ciertamente, Dios puede actuar a pesar de estas prácticas –y también a través de ellas- ya que nada puede limitar su acción. Eso es una constatación perturbadora hecha por todos aquellos que no consideran las “apariencias de piedad en vista de producir informes estadísticos excepcionales: Por ello donde se acompaña la Palabra predicada de “ayudas” escénicas espectaculares, se obtiene un cierto éxito con un buen número de pseudo conversiones y de frutos artificiales, porque se apunta y toca el psiquismo del individuo provocando reacciones emocionales sin futuro. Pero es verdad que

el viento sopla de donde quiere (Jn 3:8), y si al lado de todo tipo de atracciones y distracciones el Evangelio es también proclamado, no podemos por menos que alegrarnos, ya que el apóstol Pablo se alegraba cuando algunos, a pesar de su mala disposición de espíritu, predicaban al mismo Cristo (Flm 1:15-18).

Para concluir diremos simplemente que deseamos dar el honor al método bíblico que consiste en proclamar la Palabra de Dios sin diversiones, escenificaciones ni condicionamientos psicológicos, y aprender nuevamente a contar más con la acción del Espíritu Santo para cambiar los corazones y transformar las vidas para la gloria de Dios, que en los medios, técnicas y los procedimientos prestados del mundo del espectáculo y del marketing.

1 Se podría mencionar aquí también la producción de películas de temas bíblicos y especialmente aquellas que presentan un Cristo con aspecto y con mensaje falsificado. He aquí lo que dijo un espectador de la película Jesús era su nombre: "Este es un evangelio incompleto, mutilado el que difunde... Le falta aquello que es la fuerza del auténtico Evangelio, aquello que es el corazón: la buena nueva de la redención, de la regeneración, de la liberación, de la salvación eterna del hombre, por el arrepentimiento a Dios y la fe en Jesu-Cristo... Falta la 'locura', el 'escándalo de la cruz'..." (A. Labarde, en *Croire et Servir*, 1/92).

"Desde el 4 de octubre de 1991, Jesús era su nombre ha cumplido el 'milagro' de llenar del Palacio de Deportes de París. Han venido por la magnitud de un espectáculo que utiliza medios técnicos inéditos –uniendo el cine y el teatro- pero también por su simbolismo. Y en nombre de un cierto fervor religioso, Jesús sobre el escenario, Jesús en la música llega a ser un héroe de nuestro tiempo" (La Bible selon Hossein, en *La Suisse* de 29 de diciembre de 1991).

2 En una crítica de una representación de la comedia musical titulada *Turbulencias* presentada en el teatro de Morges, la trata de "atractiva", con "texto poético repleto de humor", "de belleza sobrenatural", "encantadora", etc. El periodista evidentemente cautivado por lo que ha visto y entendido, piensa que hay que "entusiasmar al mundo con lo mejor para someterlo a la gloria de Dios". Declara que "el anuncio de la salvación en Cristo no hay que camuflarlo o simplemente sugerirlo, sino asumirlo abiertamente". Y seguidamente añade: "Queda por saber si es posible aún comprenderlo, tantas luces, movimientos, sonidos y ritmos sostenidos nos tienen ya seducidos...". (En *Semailles et Moissons*, 1/92). Sin comentarios.

Tabla de contenidos

Los medios insuficientes	3
La sabiduría humana	3
El conocimiento de la Ley	3
El escudriñador	4
Los milagros o señales	4
Los medios a los que Pablo no recurrió	5
El bautismo	5
La superioridad de palabra.....	6
El espectáculo	6
Los medios utilizados por el apóstol Pablo para anunciar el Evan- gelio: La predicación	7
¿Cuáles fueron los efectos de tal predicación?	8
Fue una locura para los griegos, para los paganos.....	8
Fue, y es aún, potencia de Dios para aquellos que se salvan ...	8
Conclusión	9

Otras publicaciones de:

*Serie “Cuadernos de fundamentos”.

*Serie “Reflexión Teológica”.

*Serie “Estudio Bíblico”.

*Serie “Información y Denuncia”.

*Serie “Edificación Cristiana”.

*Serie “Los Fundamentales”.

Escríbenos solicitando el “Catálogo” de publicaciones y recibirás gratuitamente nuestro boletín cuatrimestral “Koinonía”.

Edicions Cristianes Bíbliques

Apartat 10.053 08080 Barcelona-Catalunya (España)

Correo-e: ecb.edicions@wanadoo.es

edicions@ecbministeris.org

URL: <http://www.ecbministeris.org>

Nombre y apellidos:

Calle/Plaza: *n.º:* *piso:*

Población: *C.P.:* *País:*